

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 pts
 Suscripción: España un trimestre . . . 1'00
 Extranjero . . . 1'50

Regateo macabro

Toda la prensa se ha ocupado la semana pasada de los condenados a muerte por el Consejo de Guerra de Jaén, que a última hora fueron entregados a la jurisdicción civil para que cumpliera la sentencia. No hace muchos días también se ocupó de otro ejecutado en Zaragoza. Parece que el vértigo de sangre que sufre gran parte de Europa ha contagiado al gobierno español.

En los dos casos han sido inútiles cuantas gestiones se han hecho para conseguir el indulto de los reos. Los gobernantes, insensibles al piadoso clamoreo de la opinión, a la influencia de elevadas personalidades de la política y hasta al deseo de clemencia expresado por el jefe del Estado, han patentado su crueldad una vez más.

El melifluido presidente del Consejo de Ministros oponía la más rotunda negativa a las peticiones de indulto con las repulsivas frases de: «el gobierno se ve en el doloroso caso de no poder aconsejar al rey la gracia de indulto.» Y así fué ejecutado el reo de Zaragoza.

En el último caso, en el de Jaén, se trataba de dos hermanos acusados de haber asesinado a una pareja de la guardia civil, y es de creer que los tribunales no les condenarían a tan terrible pena sin estar bien convencidos de la culpabilidad de ambos. Pero uno de los hermanos condenados declara bajo juramento y según la prensa prueba, que uno de ellos es inocente. Se suspende la entrada en capilla de los reos y una Comisión de Jaén se traslada a Madrid, y con las pruebas que lleva convence al inflexible presidente del Consejo de Ministros y es indultado el inocente. La clemencia fué regateada y el hermano del indultado fué ejecutado. La justicia histórica ha de ser cruenta, ¡Oh, la ejemplaridad del castigo!

Pero lo más horrible de esto, lo que más subleva, es el pensar que un inocente ha podido ser condenado a muerte y haya estado a punto de ser ejecutado. Porque no nos cabe duda de que el señor Dato, al aconsejar el indulto de uno solo, habiendo sido condenados los dos por el mismo delito, ha sido porque ha adquirido la plena convicción de

su inocencia. De no ser así merecería los más duros calificativos.

¿Y no cruzó por la imaginación del presidente del Consejo de Ministros que el tribunal que pudo equivocarse en uno—seguramente por apariencias legales—pudo equivocarse en los dos? ¿No pensó, él tan cristiano, que oye misa, confiesa y comulga, en la responsabilidad que contraía ante el dios que venera, y que, según la leyenda, al morir en el Gólgota, pedía perdón para sus verdugos?

La crueldad en este caso reviste la agravante de que para resolver en definitiva poseía un voto de confianza de todo el gobierno, y la de que el pueblo entero, en un generoso movimiento de opinión, se había pronunciado en favor del indulto.

Pero aquí no se trataba de lo horrendo del delito ni de circunstancias repugnantes que en él pudieron concurrir. Repetidas veces lo dijo el señor Dato: no podía aconsejarse el indulto por la calidad de las víctimas, por el prestigio de la guardia civil.

A pesar de la antipatía que sentimos hacia esa institución, dudamos de que los individuos que la integran crean que su prestigio iba a debilitarse por el indulto de los reos. La magistratura no se sintió molestanda por el indulto de los condenados por los sucesos de Cullera, a pesar de que una de las víctimas de ellos fué un juez en funciones.

Lo que aquí se destaca es el espíritu de crueldad que siempre ha caracterizado a los partidos conservadores, que creen que sólo a fuerza de sangre puede someterse al pueblo.

Y mientras el empuje revolucionario no haya barrido los códigos, debe desaparecer de ellos la pena de muerte, tanto por su crueldad como porque con ella son irreparables los errores judiciales de que no están escasas las sentencias.

El caso del reo indultado, y que lo ha sido por haberse comprobado su inocencia, debiera ser lo suficiente para que mientras no se derogue la terrible pena sea suspendida su ejecución en todos los casos.

La gracia de indulto, regateada, deja de ser gracia.

parálisis. Dijérase que se sufre una hipertrofia de insensibilidad y que la anquilosis hubiera cubierto de herrumbre la masa encefálica.

No ha brotado de los labios el amargo reproche, la admonición airada ante la mutilación del hombre, sino la palabra admiradora y elogiosa.

No se han contraído los músculos por la sublevarción de los sentimientos; no, que, al contrario, las facciones se han dilatado en sonrisas de satisfacción y orgullo.

¡Es el Progreso!
 ¡Es la Ciencia!
 ¡Descubrios, mortales!
 ¡Ah, cuánto engaño! El error ciega al hombre; el hombre se torna, deslumbrado por el brillo de su vanidad absurda, insensatamente estúpido. Se cree Dios, y es un miserable gusano. Se cree que progresa, y retrocede. Figúrase que es libre, y no pasa de ser un pobre esclavo. Se hace la ilusión de que domina al mundo, y es su siervo. ¿Adónde iremos a parar montados en el Pegaso de su vana fantasía?
 La sutil sagacidad del profundo Max

Stirner advertía a los filósofos ese problema: «se creyó haberlo hecho todo cuando en nuestros días se hubo llevado victoriosamente a cabo la obra de luz y vencido al Dios; no se notó que el Hombre no ha muerto al Dios más que para convertirse a su vez en el solo Dios que reina en los cielos». A ello le conducen su ciega soberbia y los fuegos de artificio de una brillante, pero falsa civilización.

Y es que no se reflexiona ni aun teniendo ante los ojos motivos de meditación, de dolorosa y profunda meditación en el porvenir del hombre.

Ese desdichado muñeco de carne con apéndices de hierro que no te mueve a la reflexión, es tu caricatura, ¡oh admirado comentarista del progreso mecánico!

Y cuando eso aptaudes, ¿qué será de ti, gran imbécil, arrastrado hasta la suma renuncia de ti mismo?

Nadie eres; nada vales para ti; tú mismo trabajas por rebajar tu valor, y no descansas por acendrar el poder y el valor de los demás.

Tú mismo reconoces que no eres más que la infima parte de un todo imponderable y sacrosanto; la despreciable partícula de una generalidad divinizada. Y aunque te crees Dios no te adoras a ti mismo, sino al Hombre abstracto, la esencia del cual haces encarnar en una Divinidad intangible. No eres ególatra, hombre; eres idólatra.

Y si haces una composición de lugar, te preguntas: Yo, ¿qué soy? Un ciudadano, nadie. De rodillas, pues. El, el rey; El, el emperador; El, el Estado lo es todo. ¡Reverenciémosle! ¡Hossanna!

Si, reverenciémosle, ¿qué lugar de todos nosotros unos desdichados muñecos de carne con apéndices metálicos. Estaremos en nuestro centro.

¡Un hombre con manos y pies de hierro! Es una maravillosa invención que viene a resolver un grave problema.

¡Ya no más inválidos! Para el Estado sólo sirven hombres útiles, válidos y serviciales.

La sentimental y evocadora figura de un viejo o joven mutilado en la guerra, vestido con un astroso uniforme exhornado con una medalla de mérito en premio a su heroicidad, ha pasado a la Historia. Desde Hindenburg en adelante no habrá inútiles que os molesten en los recovecos de las calles y en las puertas de los templos con la monótona canturía de su voz adaptada a la súplica de caridad. Los molestos mendigos no os enseñarán insolentes los renos partidos, las piernas truncadas, hundido el pecho, las mil repulsivas lacerias que la guerra monstruosa deja a su paso.

Sólo quedarán las víctimas del trabajo; los que caen y quedan fuera de combate en la no menos monstruosa guerra cotidiana por la conquista del pan.

Como veis es un gran adelanto. Primero se coge al hombre y se le embrutece y mecaniza en el cuartel; luego, cuando es menester, en inmensos rebaños armados se le lleva al matadero, previamente emborrachado con la verborrea patriótica. Allí, si cae a pedazos y no muere, se le conduce a la fábrica de miembros artificiales para los inválidos de la guerra. En este sitio encuentra su recompensa. Reemplazaron sus miembros destrozados con aparatos de hierro y el inválido queda en disposición de ganarse el sustento. La compensación a su pérdida no es poca, ¡caramba! ¡Peor sería que fuese a pedir limosna, exclamará un filósofo del realismo!

De esta manera se suprime, en gran parte, la mendicidad... y las pensiones, naturalmente, a los inválidos. Se hace una doble economía.

El Estado no quiere mendigos ni parásitos, excepción hecha de los que se dedican a la política y ocupan cargos públicos civiles y militares...

El Estado no quiere, sobre todo, cuadros sentimentales. ¡Fuera sensiblerías que inspiran a los demagogos filípicas contra la guerra!

¡Cuán sabio y previsora es el Estado!

No preguntéis, ¿y los ciegos? ¡Todo se andará! Llegará día, no lo dudéis, en que las cuencas vacías se llenen con mecánicos órganos visuales y los ojos muertos recuperen la luz perdida. El Estado, que tan cariñosamente cuida por la vida de sus criaturas, de los ciudadanos, no se olvidará de esos hombres melancólicos y terriblemente resignados a la noche eterna, que pasan por la vida como sonámbulos...

Y hasta los muertos en las batallas horrendas de estos tiempos de alta civilización volverán a la vida, merced a quién sabe qué prodigioso invento vital...

Y muy posible sería que se descubriera con qué reponer sobre el tronco acéfalo de un soldado, a quien la metralla o la afilada hoja de una bayoneta cercenó la cabeza, ese inútil apéndice esférico que tantos hombres llevan por simple adorno, sobre los hombros. O si no, algún aparato de relojería, de sutil construcción, ocuparía tan precioso lugar... Que nada perdería con ello quien su cabeza emplea para el pim... pam... pum... de las balas, de las órdenes, de los dogmas y de las experimentaciones anatómicas.

Si; las necesidades de la evolución progresiva del arte militar imponen estos recursos de la metalurgia. El mayor imperio del Estado y sus innovaciones guerreras exigen una nueva ciencia médica. Nada de coser y dejar un brazo en la mitad de su longitud; se añaden unas varillas metálicas retorcidas en su extremidad a modo de garfios, y ya está el hombre útil para trabajar, comer y jugar a las cartas; manos de hierro, pero manos, al fin. El médico de hoy, mañana será una mezcla de cirujano, metalúrgico, relojero y arquitecto. Construirá la vida. Los deístas verán en él un trasunto de Dios, y los masones una caricatura del Gran Arquitecto.

Si así no se hiciera, sería imposible llevar cumplidamente la misión del progreso científico aplicado al bello arte de la destrucción y el exterminio.

¿Que de esa forma los hombres serían tan sólo lo que ue edificio moderno: acero y cemento armado? ¡Bah! Tanto monta, porque, en realidad, no son otra cosa: materia bruta; montón amorfo de carne, moviéndose sólo al mandato imperativo de mecánicos impulsos de su organismo psicofisiológico.

Amigos míos: Esta guerra ha sido hecha para mayor gloria y engrandecimiento del Estado. Maquiavelo y Bismarck, un latino y un germano, se estremecerán de gozo en la Isla de los muertos...

El Estado, en la apoteosis de su victoria adhiere pedazos de hierro al hombre mutilado por su sordida ambición.

Es un gran triunfo, por cierto, para su filosofía, convertir al hombre en un aparato metálico y mecánico.

¡Todos ciudadanos, soldados y muñecos! ¡Todos hombres de hierro! ¡Aparatos de metalurgia! ¡Máquinas vivientes!

Amigos míos: Ya veis hasta qué punto lleva su antiindividualismo; su odio a la personalidad; su persecución a la autonomía y a la vida de los hombres. Hay que reaccionar vigorosamente contra este avance de la filosofía árquica. Es preciso que la ética individualista gane las voluntades y determine a los hombres al amor a su independencia, al aprecio de su vida y al desprecio más profundo del culto a la muerte.

Anarquistas: Nuestras ideas son el reactivo más poderoso contra esa tendencia suicida que reduce la vida a una simple expresión mecánica.

La Anarquía es la única radical oposición a la teoría del Estado, que quiere hacer del mundo un inmenso cuartel, un colosal depósito de muñecos de hierro.

ANGEL PUMAREGA GARCIA
 Madrid, septiembre 1915.

«Vida Anarquista»
 por
ANSELNO LORENZO
 Tenemos a la venta al precio de una peseta, este libro, segundo volumen de la BIBLIOTECA de TIERRA Y LIBERTAD.

DE LONDRES

Hace unas semanas se encontraba en Londres Malato y visitó a Malatesta. Como es natural, discutieron sobre la guerra, y natural es también que no se pusieran de acuerdo. Al pronunciar la palabra «anarquistas», Malato escupió intencionadamente y con marcada demostración de desprecio. Luego, cuando quiso hablar como anarquista, Malatesta le atajó y le dijo que no le reconocía derecho a hablar como tal, ya que al pronunciar el nombre escupía con marcado desprecio.

Por fin, le dijo Malatesta que los obreros nada tenían que ver en la guerra, porque nada sacarían de ella, a lo que Malato respondió: «Si hablas de los que no tienen nada, tienes razón», y Malatesta replicó: «Entonces, como anarquistas, ¿por quién debemos hablar, por los que tienen, o por los que no tienen nada?»

Yo, sin autorización para publicarlo, lo publico, y con derecho a comentarlo, lo dejo para el lector.

v. GARCÍA
 (De La Voz del Obrero).

En el próximo número publicaremos un manifiesto de los camaradas franceses Marcelo Cappy y Fernando Despes (A. Desboin), explicando por qué tuvieron que dimitir en La Bataille Syndicaliste, periódico que se publica en París bajo los auspicios del gobierno francés, y que dirige Malato.

ECOS DEL EXTERIOR

Una opinión antiguerrea

Los esfuerzos que los anarquistas de España hacen para evitar al proletariado su suicidio, merecen la consideración aprobatoria de los grupos socialistas de Bulgaria que, según los periódicos de aquel país, hacen una vigorosa campaña contra la guerra.

En su segunda conferencia en favor de una república federativa balkánica, celebrada en Bucarest, todos los partidos socialistas de los Balkanes han acordado oponerse con todas sus fuerzas a la guerra, que consideran como emanación del régimen capitalista y conquistador y que ellos continúan y continuarán a pesar de todo fieles a los principios socialistas y revolucionarios, a la lucha de clases, comprometiéndose a mantener la actual y única Federación balkánica socialista.

No es por amor propio nacional, pero comparando la actitud de los socialistas búlgaros en la guerra balkánica, que conservaron su individualidad y fomentaron la propaganda contra el gran crimen, se cae en la cuenta de que el partido socialista tiene en este país el derecho moral de llamarse un partido de clase.

Sin embargo, no hay que hacerse ilusiones después de la triste experiencia a que asistimos. Una vez desencadenada la hecatombe por los bandidos del poder, es de prever que el mundo proletario no será capaz de hacer el acto necesario para demostrar que no tiene patria y que la única causa por la que valdría la pena de sacrificarse sería la emancipación humana. Desgraciadamente reina todavía demasiada obscuridad en este infierno social, y así los pueblos que no pueden ver claro pagan con su sangre su ignorancia.

¿Acaso no hemos asistido al enervante y humillante espectáculo de ver los pueblos beligerantes, con débiles excepciones de Italia y Serbia, no sólo ni intentar el menor esfuerzo, sino, ¡qué vergüenza!, asociarse en cuerpo y alma a sus opresores que les empujaban a la muerte en la exaltación del nefasto patriotismo?

Bien queremos creer que los proletarios de Alemania, Francia y los demás países estaban mal preparados intelectualmente para la resistencia contra la guerra, pero en tal caso, si no había más remedio que sufrirla, a lo menos podría haberse demostrado que aun en medio de la tormenta se permanece sereno. ¿Acaso no sufrimos todos el régimen de la explotación sin que

DOLORA

El hombre de hierro

El Estado es el más frío de los monstruos.—F. NIETZSCHE.

Ha rodado estos días por las páginas de los semanarios un fotograbado con estas frías palabras por epígrafe:

UN INVÁLIDO ALEMÁN.—SOLDADO A QUIEN SE AMPUTARON LAS MANOS Y LOS PIES, Y QUE, MERCED A LOS APARATOS DE LA CASA HINDENBURG, HA VUELTO A DESEMPEÑAR SU OFICIO DE FORJADOR Y TORNERO.

Las gentes han encontrado esto sencillamente prodigioso y los periodistas han escrito en torno de tal prodigio sabrosas crónicas de alabanza y encomio.

Nadie ha sentido su sensibilidad herida en un sobrecógimiento de espanto; nadie ha plasmado en voz de iracundia su honda indignación.

Quieto el corazón; el pensamiento en